

bajtinianos (p. 253), afirma que su análisis de *Su único hijo* “no es de tipo léxico, sino *sintáctico y semántico*” (p. 237), pero olvida otras formas de análisis, lo cual lo lleva a errores básicos, dados los temas que toca. Cada vez que habla del incesto (y lo hace abundantemente) ignora el Complejo de Edipo, sin el cual sería difícil de explicar; se olvida de la proyección —consciente o inconsciente— del autor en sus personajes (lo cual le ayudaría mucho a entender ciertas relaciones). Parecería difícil —hoy— escribir un capítulo completo sobre el espejo sin tener en cuenta a Lacan. La afirmación de que “la religión es la fuerza que mutila y subvierte el esquema sexual de la novela” (p. 218) supone ignorar la psicología de los personajes, sobre todo las de Ana, Fermín y Quintanar, tan bien diseñada por Clarín.

Algunos de los capítulos no hacen sino repetir conceptos bien conocidos; por ejemplo, “El doble silencio del eunuco”, que da título a la obra. No hay duda de que Fermín de Pas se siente como tal, puesto que él mismo lo declara en varias ocasiones (y su voz, sin embargo, no tiene que tomarse literalmente: habría que afinarla), y que la doble causa de su sentimiento de castración se debe a no haberse acostado con Ana ni haberla matado. Pero esto no es nada nuevo y resulta bastante obvio. La referencia al primer capítulo de *La Regenta*, de abundantes símbolos fálicos, es evidente, y su simbolismo bastante estudiado también. El título del capítulo 3, “El libro de las profecías: andróginos, afeminados, marimachos, partenogénesis y otras perversiones” (p. 296), no dice mucho (aparte de infinitas citas): parecería más bien un intento de *épater le bourgeois*.

En fin, podría seguir, pero no vale la pena. La crítica literaria debe ser algo más profundo y menos frívolo; no se puede improvisar al citar casi todo lo citable. No debe ser posible escribir 350 páginas con un lenguaje rebuscado y oscuro sin decir prácticamente nada más que fragmentos (a veces mal asimilados) de lo que otros han dicho.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE

Universidad Nacional Autónoma de México

*Odiseos sin reposo. Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes. (Correspondencia 1927-1959).* Edición de Gregory Zambrano. Fundación Casa de las Letras “Mariano Picón-Salas”-Consejo Nacional de Cultura, Mérida (Venezuela), 2001; 175 pp.

Modo de ensayo, cauce natural y mina del pensamiento, la carta privada se ha hecho, en la práctica, de un lugar propio en la historia de las ideas en Hispanoamérica. Complementaria en ese aspecto de otros géneros, con presencia más reconocida en tal historia, la carta

privada se postula como un indicio (otro más) de la familiaridad en la dimensión pragmática y del carácter ensayístico que han distinguido al pensamiento hispanoamericano en el trato de los asuntos más disímiles. Y, además, su solo empleo en esas funciones tiende a develar, aun sin proponérselo, la precariedad o intermitencia con que han operado las instituciones relacionadas con la formación socio-discursiva en Hispanoamérica.

La creciente consideración de la carta privada como fuente documental para la reconstrucción y estudio de aquella historia no deja dudas al respecto. Si bien es cierto que ese tipo de carta ha sido rastreada, estudiada y compilada en busca de mayor información acerca de la obra de uno u otro pensador-escritor en particular, cierto es también que el tramado de referencias, ideas larvarias e intertextos resultantes de esas búsquedas ha contribuido no menos a enriquecer el conocimiento de la tradición general en cuyo diálogo se constituye la obra del pensador-escritor que se trate. Muchos son los casos de pensadores-escritores hispanoamericanos de los siglos XIX y XX cuya producción epistolar ha venido a sedimentar esa creciente estimación documental de la carta privada para la correspondiente historia de las ideas.

Una muestra reciente de esa estimación de la carta privada es la que ofrece el volumen *Odiseos sin reposo*, compilación de la correspondencia sostenida entre Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes, entre 1927 y 1959, preparada por el investigador venezolano Gregory Zambrano. Sea con respecto a la obra de esos dos prominentes intelectuales hispanoamericanos, sea con respecto al momento de actuación de cada uno de ellos dentro de sus respectivas tradiciones nacionales, resulta igualmente considerable la cantidad de información pertinente que hay de por sí en esas cartas y la que ha sido necesario actualizar para su más provechosa lectura. Tupido, en suma, es el espesor cultural de este libro.

En ese sentido, no es forzado afirmar que *Odiseos sin reposo* deviene en enciclopedia mínima sobre las publicaciones, viajes, cargos remunerados, zozobras, ideales, reconocimientos, decepciones, proyectos editoriales, altibajos de la salud y algunos motivos clave de los sistemas de pensamiento del escritor venezolano y —en menor medida— del mexicano dentro y fuera del período histórico literario comprendido en su correspondencia.

Hay que reconocer el afán de exhaustividad con que ha procedido el editor, quien, en su texto introductorio y, sobre todo, en sus casi 200 notas de pie de página, contribuye a esclarecer la identidad de figuras mayores y menores, itinerarios biobibliográficos de sus dos protagonistas y otros datos bordeados en este tramado epistolar.

Entre cartas, acuses de recibo, telegramas y tarjetas postales, ascienden a 86 los documentos que ocupan el centro de esta edición. A ellos

se suman, en apéndice, 17 dedicatorias de libros de Picón-Salas enviados por éste a su amigo y maestro mexicano. En total, 103 documentos, publicados por vez primera casi todos. La inmensa mayoría provienen de los fondos, al parecer inagotables, de la Capilla Alfonsina. La inclusión en este *corpus*, a página entera y como si se tratara de una carta más, de un certificado expedido por el Instituto Pedagógico de Chile a petición de Picón-Salas para recomendación resulta curiosísima. Sin firma de Reyes ni de Picón-Salas, y tampoco dirigido a ninguno de los dos ¿no estaría mejor en un anexo o nota de pie de página? Más natural ahí es la carta del 31 de agosto de 1951, que firma la esposa de Reyes cuando éste convalece de una enfermedad cardíaca.

Es evidente, en cualquier caso, que no ha sido posible localizar todos los textos que integraron la correspondencia. Las marcas de tales ausencias comienzan a aparecer en la primera carta que se registra, del 13 de noviembre de 1927, en la cual su emisor, Mariano Picón-Salas, agradece a Alfonso Reyes “su carta que tiene la misma cordialidad y gracia de sus libros” (p. 29). O sea, antes de esa fecha hubo alguna otra comunicación de Reyes dirigida a Picón-Salas, a la que debió de haber precedido otra de Picón-Salas a Reyes, y así, hasta un origen que por el momento desconocemos. La suposición de que el motor primero de esta correspondencia fue el escritor venezolano se funda en dos razones: 1) la diferencia de edades entre ambos: Reyes (n. 1889) es una figura reconocida en todo el continente cuando el “Odiseo” venezolano (n. 1901) no ha salido todavía, por primera y única vez, de su Mérida natal; y 2) el carácter emprendedor del venezolano desde sus días de estudiante preuniversitario, no obstante su “poco de prevención indígena por la atmósfera de snobismo que se eleva siempre entorno [*sic*] de los grandes hombres” (1934, p. 48) o su “introversión de montañés” (1950, p. 101).

Otras huellas de la ausencia de documentos epistolares en este volumen se encuentran en las cartas del 29 de junio de 1931 (p. 37), 11 de mayo de 1933 (p. 45), 26 de septiembre de 1939 (p. 58), 9 de septiembre de 1947 (p. 96), 26 de agosto de 1953 (p. 125), 27 de marzo de 1954 (p. 129) y 23 de marzo de 1955 (p. 135). Sin salir de la correspondencia editada puede verificarse la ausencia, como mínimo, de unos ocho documentos.

Conociendo la referencia a una carta (o cartas) anterior(es) a noviembre de 1927 es más sospechosa la ausencia absoluta de documentos epistolares de Reyes a Picón-Salas entre 1927 y 1937, la no localización o pérdida de documentos se adivina grande. De 1929, 1932, 1935, 1936, 1937, 1940 y 1942 tampoco se conservan, sin que haya explicación de parte del editor, cartas del “admirador antiguo de Alfonso Reyes” (1927) a éste. En similar situación, por el lado de Reyes, están (además de la década mencionada): 1943, 1946, 1952 y 1956-59, de manera que de los 32 años que abarca en principio esta edición hay 9 sin docu-

mentación en la correspondencia de Picón-Salas a Reyes, y 20 en la de Reyes a Picón-Salas. Son lagunas muy notorias.

Aunque una correspondencia implica por principio dos sujetos que intercambian entre sí las funciones de emisor y destinatario, no es extraño que el supuesto fiel de esa balanza, desde el punto de vista de sus lectores añadidos, se incline hacia uno de los dos. Si así no fuera, entonces *Odiseos sin reposo* abonaría esa regla: más que la correspondencia entre Picón-Salas y Reyes, *Odiseos...* es la correspondencia de Picón-Salas con Reyes, no porque a 66 documentos del venezolano correspondan 37 del mexicano, o porque las cartas de aquél (autorreconocido como discípulo) sean más expresivas y enjundiosas que las de su maestro, por lo general, bastante discreto y reservado, o porque el título de la compilación proceda de una carta de Picón-Salas, sino porque la búsqueda del editor ha partido de su interés por “los pasaportes de [1] Odiseo sin reposo” venezolano (p. 39) hacia su contraparte mexicana.

Es entonces comprensible que la información recaudada arroje mayor luz sobre la vida y obra del más importante ensayista de Venezuela que sobre la de “la personalidad internacional, por excelencia, de las letras latino-americanas” (16 de noviembre de 1941, p. 68) o “primer hombre de letras de nuestro Continente” (12 de octubre de 1945, p. 84). Consagrado como escritor Alfonso Reyes, y necesitado el joven Picón-Salas del diálogo y reconocimiento de éste, se entiende que el discípulo trate de mostrar las más de sus credenciales intelectuales y afectivas ante quien “personificaba lo que para [él] debería ser la cultura hispano-americana” (1944, p. 78). Reyes, por su parte, además de sus continuas misiones oficiales y su más amplia red de interlocutores, está muy consciente de que las cartas privadas no son ajenas del todo —ni por siempre— a la publicidad (cf. p. 95).

Herederos de Bello y de Sarmiento, “en relación con la Venezuela que [él] había dejado” (1931, p. 38), Picón-Salas deja traslucir en su correspondencia con Reyes también la huella de otros insignes pensadores-escritores de esa tradición como Martí, Rodó y Gallegos. Señal de su inserción en esa tradición discursiva es la aparición frecuente de categorías y/o motivos axiales del proceso de constitución de la misma como cultura/barbarie, ciudad/campo, literatura/política, unidad latinoamericana o la crítica de la “nordomanía” (“En... esta época del confort yanqui, vivimos con el alma completamente inconfortable”; 1954, p. 130). Un gracioso encomio del magisterio continental que Alfonso Reyes ejerció sirve simultáneamente al autor de *Viaje al amanecer* y *De la Conquista a la Independencia* para develar su visión del contexto hispanoamericano hacia 1941: “Somos todavía tan bárbaros que yo creo que su más acendrada influencia sobre el espíritu latinoamericano se advertirá allá por el año 2000, es decir, cuando hayamos quemado las etapas que nos faltan de nuestra evolución” (p. 68). “Pauperismo intelectual”, “miseria”, “militarismo crio-

llo”, “demagogia criolla”, “tropicalismo”, caos, “hinchazón y vaguedad criolla”, “política criolla” son términos referidos a Hispanoamérica que excluyen cualquier duda sobre lo asentada que estaba aquella visión crítica en Picón-Salas.

Meritoria como es esta edición de la correspondencia de Picón-Salas y Reyes, presenta un detalle, sin embargo, que le impide alcanzar todo su brillo potencial: su muy elevada cuota de erratas y descuidos similares. Como *Odiseos sin reposo* habrá de tener, más temprano que tarde, una nueva edición, me ha parecido conveniente llamar la atención hacia ese tipo de detalle. Sirvan de muestra los siguientes: mientras que en la portada y primera página interior se anuncia a Gregory Zambrano como compilador, en la página siguiente se le acredita como editor; la *Revista Nacional de Cultura*, fundada en 1938 por Picón-Salas, aparece unas veces con ese nombre (p. 52, n. 40, p. 98) y otra como “Revista de Cultura Nacional” (p. 53); están repetidas —a veces hasta con error en la que sobra— las notas 62 (p. 66) y 63 (p. 67) con respecto a la 45 (p. 55); la 104 (p. 99) con respecto a la 98 (p. 96); la 124 (p. 109) con respecto a la 122 (p. 108), y la 185 (p. 146) con respecto a la 6 (p. 29). Por el contrario, falta una que otra nota, como la que amerita la mención de Concha Meléndez (p. 65). Fuera de su lugar en la secuencia cronológica está la carta del 4 de mayo de 1953 (p. 118) en relación con las del 24 de abril y 1º de mayo de ese mismo año (pp. 119, 120). La numeración de cada uno de los documentos recogidos y la inclusión de un índice de las abreviaturas más empleadas contribuiría también a redondear el aporte que representa de suyo la correspondencia editada en *Odiseos sin reposo*.

OSMAR SÁNCHEZ AGUILERA

JAMES VALENDER (ed.), *Luis Cernuda en México*. F.C.E., Madrid, 2002; 259 pp.

Este libro, en su segunda salida, es bien distinto del anterior, publicado doce años antes<sup>1</sup>. Ambos contienen 24 artículos, de los cuales la nueva edición sustituye ocho, otro aparece ampliado, y a ellos se agregan los dos poemas que se dedicaron Luis Cernuda y Octavio Paz; con tales cambios el libro sale, como diría un clásico, remozado en tercio y quinto. La estructura, que antes constaba de cinco seccio-

<sup>1</sup> *Luis Cernuda ante la crítica mexicana: una antología*, ed. J. Valender, F.C.E., México, 1990.